mortal aquella epístola que te dirigieron! ¡Te habían herido el amor propio! ¡No creías posible que hubiese un hombre en el mundo al cual pudieses parecerle un nécio! ¡Ya estabas desilusionado, descorazonado, postrado..... Mírate en ese espejo, y avergüénzate, pusilánime!

Fué una saludable leccion.

Y como decía antes, me parece que no sea del todo inútil áun para los demás.

¡Pero, por caridad, el que haya adivinado el nombre del *innominado*, que lo calle!

Es el padre de todos, pero hasta con los padres se requiere discrecion.

# EL CÍRCULO FILOLÓGICO DE TURIN

## CARTA

[Turin 11 de Octubre de 1871.]

E pensado más de una vez que en Florencia debería instituirse un Círculo Filológico como el de Turin.

Hace pocas noches que pasando por la calle Mercanti me invitó á visitar los salones del Círculo un amigo mio de los primeros que promovieron el pensamiento de dicha fundacion. Entré de mala gana; pero después me alegré de haber cntrado, puesto que aquel lugar me produjo curiosa impresion. Si al principio se me hubiese preguntado en dónde estaba, con dificultad hubiera sabido responder. No hay ese algo de todos los sitios donde se estudia, que consiste en el recogimiento y que impone al visitador curioso que en-

tra por vez primera, el silencio, con una frase que se lee en todos los semblantes:—O silencio, ó fuera.

Por el contrario, es un sitio alegre y elegante que presenta en ocasiones aspecto de sala de baile, de biblioteca, de casino, de redaccion de periódico. Hay pequeños cuartos originales, pintadas las paredes de colores vivos y variados, y llenas de cuadros, de espejos, de cortinajes que arrastran por acá y por allá; inscripciones rodeadas por ramas de laurel y rótulos sobre las puertas que dicen: *Primer curso de inglés*, *Segundo curso de aleman*, *Primer curso de español*, etc., etc. Una hermosa biblioteca hay en otra parte del local, y en otra, una gran mesa cubierta de periódicos, y más allá gran número de butacas colocadas en círculo como para celebrar consejo; un bonito café, una vasta azotea, grandes ventanas rajadas de alto abajo, aire, flores y luz por todas partes. ¡Oh! Aquí se debe estudiar con la frente despejada y la sonrisa en los labios. Alabado sea Dios, y el Círculo, que me reconcilía con las gramáticas y los diccionarios.

—Vea V.—me decía mi amigo despidiendo á dos dependientes que nos habían acompañado hasta entonces con más cortesía que la usada por los porteros de los Ministerios; vea V. cómo aquí pagando cinco pesetas al mes puede venir un estudiante, un comerciante, un empleado á dar tres lecciones semanales de francés, de aleman, de árabe, de inglés, de español, de húngaro, de griego moderno, de ruso; pueden servirse de la Biblioteca; venir por las noches de invierno á leer los periódicos al lado de la chimenea, á trabajar, á hablar la lengua que estudian, en una palabra, á pasar el tiempo agradablemente con utilidad y con economía gastando en todo un mes el equivalente de dos noches de ópera ó de diez veces de café.



Pregunté quiénes fuesen los profesores.

Los más distinguidos de la ciudad; baste decir que aquí están Müller, Gras, Segalla, Giuliani, De Bender, doce en suma. Todos han renunciado generosamente á las mayores ganancias que obtendrían enseñando en otros institutos y cumplen su obligacion con amor, interviniendo en la conversacion general aquí y allá, y ocupándose de todos los alumnos.

—¿Y quién paga?

—Los sócios; son cerca de quinientos; las pocas pesetas mensuales de cada uno bastan para los gastos de todo. Los alumnos son muchos y pertenecen á todas las clases de la sociedad: negociantes, empleados, abogados, ingenieros, médicos, oficiales, curas, estudiantes; las escuelas rebosan discípulos, y hay quien estudia dos lenguas á la vez, quien estudia tres, y todas las cátedras que se inauguran se hallan concurridas; hay familias enteras que asisten á los cursos: padres, hijos é hijas.

—¿Tambien las hijas?

—Tambien. Hay una seccion *femenina* separada. Las alumnas llegan al número doscientos, muchas de ellas pertenecen á las primeras familias de Turin. Este año se verificó la inauguracion solemne; dirige el curso una señora, y los profesores son auxiliados por tres señoritas encargadas de la enseñanza de las lenguas;

las lecciones para los hombres tienen lugar por la noche y las de las mujeres durante el dia. Ellas estudian con más entusiasmo, más constancia y más éxito que ellos.

—¿Y para pagar tantos maestros, un local tan vasto y una iluminacion tan espléndida son suficientes las cinco pesetas de los sócios?

—Y sobra. Los ingresos superan á los gastos, porque además de esos ingresos ordinarios los hay extraordinarios. El municipio, cuando vió que la institucion era beneficiosa y producía frutos positivos, le concedió una subvencion; otra le otorgó el Ministerio de Instruccion pública; otra la cámara de Agricultura y Comercio, y suben estos ingresos á más de veinte mil pesetas al año. Hay un Consejo de Administracion, un Presidente, un Vice-presidente, un Secretario, un Cajero, un Contador, un Tenedor de libros, un Bibliotecario, un Censor, y todos cumplen su deber y ninguno es retribuido.

—Perfectamente.

—Tenemos tambien nuestra pequeña gloria. El círculo obtuvo una medalla en el congreso pedagógico de 1869, y consejos y aplausos de Baruffi, Peyron, Flecchia, Vallauri; en cierta ciudad Belga, Verviers, se creó un círculo como este y el Presidente nos escribió dando gracias por el ejemplo que les habíamos ofrecido. Vino á Turin la diputacion española para ofrecer la corona de España al príncipe Amadeo, y varios de sus más ilustres miembros vinieron á visitar el Círculo asistiendo á las lecciones de español, ha-



blando con los alumnos, recitando versos, y prometieron y mandaron despues de España libros y periódicos, dedicándose luego á la propaganda allí de instituciones análogas á la nuestra. Por último el Gobierno se ocupa de estudiar el modo de introducir en el Círculo la enseñanza de la filología comparada, porque ha visto que aquí se estudia y se trabaja con verdadero entusiasmo y de verdad, hallándose fundada la institucion sobre una base que vale más que todos los subsidios y todos los favores: la buena voluntad y el buen acuerdo de todos.

Pregunté quién había tenido la idea de la creacion del Círculo.

—Un jóven de venticuatro años, agregado á la Cancillería civil del Tribunal de Turin, un tal Luis Salesse.

—Salesse, repetí para mí mismo. Hé aquí uno de aquellos nombres que quien tenga ocasion de escribir en los periódicos debe aprender de memoria y publicarlo cien veces como deuda contraida por la opinion al ciudadano que es inventor de una buena máquina ó autor de un buen libro. Ciertamente, ni este ni aquel verificaron una obra más útil que la del jóven Salesse.

Y el que se haya ocupado de estas cosas, organizando sociedades, puede decir con conocimiento de causa si cuesta ó no cuesta trabajo realizar semejante pensamiento. Acaso se levantaría una mañana con aquella idea á la cual dió vueltas en sueño... é inmediatamente puso manos á la obra sin pensar en

las dificultades ni dudar del éxito animándose alegremente consigo mismo y empeñado en llevar á cabo su pensamiento. Quizá el mismo dia empezó á hablar con los amigos, á solicitar, á proyectar, á escribir... pero ¡ay de mí! cuántos le habrán desilusionado; cuántos, descorazonado en su empresa, cuántos se habrán encogido de hombros, otros le habrán dado buenas palabras; tampoco habrá faltado quien á su espalda lo acusára de vanidoso, de segundas miras interesadas y ocultas, volviendo el pobre á casa desanimado y con el espíritu lleno de melancolía. A la mañana siguiente, se asomaría por ventura á la ventana de su cuarto respirando el puro ambiente de Turin, y animándose de nuevo, se habrá revestido de prudencia y de paciencia, y confortado por la esperanza intentaría la segunda prueba.... ¡se tiene tanta fuerza á los veinticuatro años! ¡Además es preciso mantener enhiesta la bandera de la firmísima voluntad piamontesa! Entonces habrá buscado, propuesto, discutido, rogado á los amigos, hasta reunir una docena; y hé aquí que celebró la sesion preparatoria en su casa...; acaso las primeras reuniones se verificaron en un cuarto 4.° á la luz de una bujía y sin fuego; pero ¿qué importa la oscuridad ó el frío á un jóven de veinticuatro años, que tiene una idea luminosa en la cabeza y una pasion ardiente en el corazon? Ahora en estos salones hay estufas y lámparas y arañas y alfombras: esto era lo que deseaba, ni siquiera sea lo consiguió; no quería nada para sí y es posible que miembro del Consejo, pero ha



obtenido su objeto y está contento del resultado. (1). —Decididamente, dige á mi amigo después, me hago alumno del Círculo Filológico; haga V. cuenta de que ya estoy inscrito, quiero sentarme otra vez en aquellos bancos.—Y abrí la puerta de una de las áulas.—No sé que afecto melancólico me lanza aquí dentro. Siento como una necesidad de refrescar mi espíritu en este trabajo de cuadernos, de temas, de apuntes, que abandoné ayer se puede decir, y que me parece ya tan lejos, que me asusto solo de pensarlo. Quiero volver, estudiar, trabajar con empeño y atraer sobre mí las miradas complacientes del maestro. Y cuando éste repita algo que yo he comprendido ya, haré con el lapiz dibujos y rayas en la cubierta de los cuadernos, ó codearé al vecino, ó pensaré en que el domingo no hay clase y que podré divertirme! Y cuando acabe la leccion seré uno de los primeros en salir fuera corriendo por las escaleras y haciendo ruido en el estrépito de los demás mezclándome alegremente en aquella variada estudiantina de jovenzuelos y hombres maduros, de comerciantes y doctores. ¡Oh, sí, me gusta la idea; conozco que me sentará bien y apuesto que produce iguales efectos en todos! Existen dos co-

(1) Mientras se imprimía este libro se fundaba en Florencia otro Círculo semejante al de Turin. A poco, recibió el autor una carta de Pádua, en la cual se le anunciaba que un jóven estudiante de la Universidad, después de haber leido la presente epístola puso manos á la obra de fundar otro centro análogo y contaba ya con numerosas adhesiones.—El autor cree que no es inútil la reimpresion, con la esperanza de que la lectura de este trabajo pueda animar ó despertar en alguien otras nobles tentativas.

sas útiles en el mundo y que siempre conviene de cuando en cuando mirarlas y pensar en ellas, porque constantemente dicen algo nuevo y bueno; estas dos cosas son: un hermoso cielo estrellado, y una habitacion con una mesa y un sillon de profesor y tres ó cuatro filas de bancos para los alumnos.

Di luego una ojeada á las inscripciones de las paredes, y leí el siguiente proverbio árabe:—"Ninguna lengua vale lo que un hombre."

Una frase de Baretti:—"El progreso crece jigante, allí donde se nutre de periódicos extranjeros; donde nó, se queda enano."

Un dicho de Napione:—"Las traducciones, sobre poco más ó ménos, producen el mismo efecto en la inteligencia que los viajes."

Uno de Cárlos V.:—"*Un hombre que conoce cinco lenguas, equivale á cinco hombres.*"

Y así, en todas partes, y sobre cada puerta, se leía una sentencia, una máxima, un proverbio, un consejo ó una recomendacion al estudio.

Sobre un velador, al lado de la puerta, encontré reglamentos y les dí un vistazo.

Se consignan excelentes principios y buenísimas prescripciones. Los fundadores del Círculo han sabido verdaderamente sacar todas las ventajas imaginables.

Por ejemplo, al acabar cada curso se celebran exámenes para los que lo solicitan, y los aprobados obtienen un diploma de *conocimientos prácticos* de la lengua que cursaron; diploma que el municipio y las so-



ciedades particulares estiman en mucho para la provision de empleos.

Anualmente se admiten gratis diez jóvenes pobres á quienes se suministra no solo enseñanza, sí que tambien medios de estudio, como libros, etc. Todo lo vijilan en cada clase dos inspectores nombrados por el Consejo directivo con objeto de que se cumplan los programas y se observen los reglamentos.

Cada profesor está obligado á presentar una Memoria trimestral acerca del estado de su clase. Cada sócio propone lo que le parece oportuno, escribiéndolo en un registro que se halla en la sala de lectura y la direccion está obligada á responder en el espacio de tres dias.

Se consiente un puesto de refrescos al lado del salon de tertulia con objeto de humedecer los lábios novicios no habituados á los duros vocablos y frases duras del aleman. ¡Ah! Se me olvidaba: se prohibe terminantemente á los alumnos que alcen la vista para mirar por las ventanas que caen á la calle Mercanti, á las alumnas en las áulas.....

¡Qué lástima! No iría yo á mezclarme de hurtadillas entre las alumnas burlando la vijilancia del profesor; renunciaría hasta á mirar por el ojo de la cerradura los lindos rostros y las hermosas cabezas y las hileras de piececitos que asoman por debajo de las bancas; prometería ni aun aspirar el perfume que despiden los trajes de las señoras, segun Musset, y que se percibe y conoce desde lejos, como algo misterioso.....

Pero confieso mi debilidad: quisiera que me dejaran estar en la puerta de la *clase de español*, y aplicar el oido á las rendijas para escuchar y coger alguna de aquellas palabras largas, majestuosas y sonoras, en las cuales parece que el alma del que habla se espacía y se reposa con cierta altiva complacencia; ó alguno de aquellos otros vocablos galanos y cariñosos, que tanto y tan bien recuerdan los nuestros, que nos llegan al alma, correspondiendo casi á un sonido que ya teníamos en la mente antes de escucharlos; verdaderas palabras olvidadas de nuestra lengua querida; voces nuestras repetidas por un eco que las altera; saludos cordiales de gente amiga que por larga permanencia en extraños países los ha mezclado con acentos de un lenguaje que nos era comun... ¡Rarezas! Por lo menos, por lo menos, desearía oir el verbo *querer* haciéndoselo repetir á las alumnas, sobre todo en el indicativo presente, deteniéndose en la primera persona con el *te*;—¡no, más bajo! así...—Pero no se podrá conseguir este mi deseo. ¡Paciencia!

Contentémonos con pensar por la noche, que durante el dia, en aquellas escuelas, fueron sustituidas nuestras rudas voces viriles, con los tonos suaves de celestiales acentos, y modularemos aquellas entonaciones en el pensamiento, ya que su modulacion verdadera no alcanza á nuestros oidos, y el eco fantástico de la imaginacion al trasmitir la onda sonora nos hará temblar como si realmente percibiésemos quedo, muy quedo el "*yo te quiero*," "*¿me quieres tú?*" etc. etc. ¡Y hay quien dice que al volver á ver los bancos de la



escuela se vuelve uno hácia atrás convirtiéndose uno en chiquillo! ¡Qué antigüallas!

Antes de salir, salta á mi vista un cuadro estadístico clasificado de los alumnos segun las lenguas. Es singular el fenómeno de que el inglés que fué el curso más frecuentado durante el primer año del Círculo haya ido descendiendo, mientras que el aleman ha caminado en ascenso. El francés se mantiene siempre por bajo del inglés y del aleman. Y en este año (1871) despues de la guerra, perdió cerca de la mitad de los alumnos inscritos, sin que esto deba atribuirse á la campaña franco-prusiana, creo.

El español provocó grandísimo entusiasmo al principio; la seccion *femenina* contó más de cuarenta alumnas. La eleccion del príncipe Amadeo para rey de España; la diputacion que vino á ofrecerle la corona; la visita que todos aquellos personajes hicieron al Círculo, todo contribuyó á que se pusiera de moda la lengua de Cervantes, y acaso, no dejó de influir la idea de su decantada facilidad, menor en realidad de lo que se piensa. Pero aquel primer entusiasmo se fué desvaneciendo poco á poco, y hoy cuenta solo con veintidos alumnas inscritas.

Ocho tiene el portugués, seis el árabe y cuatro el húngaro.

Tambien es curioso notar las profesiones de los escolares. Para mí es un hecho que prueba la verdadera utilidad de esta institucion, que la clase más numerosamente representada sea la de los comerciantes. Podría dudarse, con efecto, de si concurren los militares,

los empleados, los propietarios por ócio ó por mera curiosidad; pero no ha de dudarse de los comerciantes, jóvenes la mayoría, y que están ocupados durante el dia en sus trabajos, ya que sacrifican la noche al estudio, cuando podían dedicarla al natural esparcimiento.

En el segundo año, además de los comerciantes y de los estudiantes, se matricularon 67 empleados, 44 abogados, 38 militares, 34 ingenieros, 18 procuradores, 15 médicos y 2 eclesiásticos. La edad media de los inscritos oscila entre 20 y 30 años. Poquísimos pasan de los 40.

Y con todo esto, me pareció saber lo bastante para escribir una correspondencia acerca del Círculo, y salí. Y al abandonar el local repetía lo que he indicado más arriba y es, á saber, que en Florencia debería establecerse un Círculo como el de Turin.

Reflexioné sobre el particular y me afirmé en que ninguna ciudad como Florencia cuenta con las condiciones y los elementos propios para una fundacion semejante. Florencia, donde el gran número de extranjeros serviría de estímulo al aprendizaje de las lenguas; Florencia, que está llamada á convertir al estudio, toda aquella actividad desarrollada en su seno por la residencia de la capital del antiguo reino de Italia; Florencia, en fin—y esto os lo digo al oido, lectores,—donde se puede con menor remordimiento que en ninguna otra parte, consagrarse al estudio de una lengua cualquiera que no sea la italiana...

Si, de otro lado, se crease en Florencia un Círculo filológico en el cual se enseñara la lengua italiana, yo creo que el concurso de los extranjeros, de los artistas, de los industriales y de los obreros, sería muy considerable, sobre todo no costando sino cinco pesetas las tres lecciones semanales; y la concurrencia de estos extranjeros, serviría á su vez de mucho para los italianos que aprenden lenguas extrañas. En Turin las ventajas son relativamente pequeñas; ¿qué no se conseguiría con una análoga en Florencia?



Yo conocí un jóven estudiante de diez y siete años, lleno de ingénio y de energía, el cual, al propio tiempo que cultivaba sus estudios académicos, se había entregado á las lenguas inglesa y alemana, con tanto fervor, que se pasaba las noches sobre las gramáticas y los diccionarios, lo mismo que si las pasara en los bailes ó en el teatro. Mas el trabajo individual no le bastaba; y no andaba demasiado sobrado de cuartos para costear un maestro de 20 ó 30 pesetas.

A fuerza de pensar y meditar, encontró el medio de suplir bien ó mal las lecciones, aprendiendo al ménos la pronunciacion. Y así, por la noche, apenas acababa de comer, con el último bocado en la boca, se dirigía corriendo á la capilla protestante, y se mezclaba en el coro, y mientras sus vecinos ingleses ó alemanes cantaban sus oraciones, él cerraba los ojos, y con gran recogimiento aprendía aquellos acentos, aquellas frases y aquella pronunciacion; despues empezó á cantar tambien, y luego á mezclarse en los corrillos á la salida de las capillas protestantes y á charlar con todos, á fin de continuar su aprendizaje.

—¡Pero, qué diantre, es un procedimiento muy largo—exclamaba—procedimiento largo y penoso!

¡Pobre jóven! Qué feliz habria sido si se le hubiese dicho:—¡Ea! ven acá, ahórrate tanto sacrificio; se va á abrir una escuela organizada de esta ó de la otra manera, á que podrás asistir y aprender cuantas lenguas quieras y ne te costará sino 5 pesetas al mes!—Y pensé mucho en este pobre jóven, mientras anduve por los salones del Círculo Filológico de Turin. ¡Cuánto habría yo dado por tenerlo á mi lado entonces, y ver su cara resplandeciente de alegría, en vez de contemplarlo con aquél semblante triste y meditabundo, con una seriedad precóz y verlo sonreir á cada paso, como sonreiría cada vez que descubriera el sentido de un pasaje difícil de inglés, leyendo un clásico!

Yo le habría dicho:—Vuelve á Florencia, vé y funda allí otro Círculo como este; trabaja con constancia y lo lograrás; cuenta tus afanes para aprender el inglés y el aleman, y te ayudarán muchas personas, muchas; ya ves, aquí creó este Círculo otro jóven empleado de veinticuatro años... ¿y quién te asegura que lo que él alcanzó no es posible que lo consiga un jóven estudiante de diez y siete?

Y ¿quién sabe, si lo intentará, caso de que caigan en sus manos estas hojas?

# LAS «IMÁGENES BLANCAS»

Á M.ª Y G.ª E.

Cuando he estudiado gran parte del dia, me gusta pasar la noche en reducida y modesta estancia, con pocas caras alegres á mi alrededor, al lado de una mesa sobre la cual, entre libros y papeles, se vean cestos de labor, telas de bordados, tijeras, hilo y manos en movimiento, y que la luz, en fin, caiga de lleno en aquellos rostros para ver si es gente que siente lo que dice.

Me imagino que en este círculo hay dos señoritas de quince á diez y siete años, hermanas, simpáticas, en las cuales una educacion prudente y sagaz ha conseguido mantener el difícil maridaje del ingenio y la modestia, la cultura y la sencillez; chicas en las que se ha resuelto el problema de la instruccion de la mujer bajo el lema: "ni idiota ni literata"; muchachas que hacen decir á quien odia por igual los dos extremos: "Así basta y está bien."